

# La Novela Film

Núm. 86

30 cts.



*El Cortijero*

por Renée Adorée, Pedro de Córdoba



# LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96  
Administración } BARCELONA

AÑO II

N.º 86

## EL GORTIJERO

GRAN PRODUCCIÓN DRAMÁTICA, DE  
SOBERBIA PRESENTACIÓN, INTER-  
PRETADA POR

RENÉE ADORÉE

PEDRO DE CÓRDOBA

MANUEL GRANADO

etc., con la cooperación del popu-  
lar rejoneador

ANTONIO CAÑERO



PRODUCCIÓN

**METRO GOLDWYN**

EXCLUSIVA: METRO GOLDWYN CORPORATION

RAMBLA CATALUÑA, 122

**BARCELONA**



# El Cortijero

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### PREAMBULO

El asunto que vamos a exponer, imaginario todo él, en épocas, personajes, desarrollo y lugar de acción, puede considerarse real en cuanto a los caracteres, netamente humanos por el sentimiento que los impulsa: la pasión, de eternas palpitaciones, que hoy como ayer y de polo a polo de la tierra, domina con su fuerza indestructible.

Precisamente por ser obra imaginaria, se hace vivir a los mismos personajes dos épocas, una remotísima y otra actual. Si por alguien se arguyese que, en la realidad, pasaron entre ambas épocas más años de los que da por transcurridos la producción cinematográfica, reconózcase y perdónese al arte esta milagrosa facultad de condensar el tiempo, como se reconoció y perdonó a Zorrilla la de dilatar hasta lo infinito aquella famosa *hora* de su inmortal "Tenorio".

La bella ciudad vivía feliz bajo la turquesa diáfana de su cielo, desde el cual la besaba el sol con sus rayos de oro.

Pero vagaba por las sierras de sus confines, al frente de una banda de salteadores, un hombre apellidado Carrasco, terror de los hacendados de la comarca, al que no lanzaron fuera de la ley la maldad ni la codicia, sino un odio ciego que anidaba en su alma.

Esta llama de rencores habíala encendido don Jorge de Alvar, quien, con escarnio de su grandeza de cuna y de su jerarquía social, convertía su propia casa en centro de ilícitos placeres.

Un afecto puro y noble había, sin embargo, para el pervertido aristócrata: el del hijo único a quien dió vida y cuyo nacimiento abrió la tumba a su madre.

Cierta mañana, de la partida de Carrasco destacáronse dos hombres que se dirigieron a casa de Alvar, a todo correr de sus cabalgaduras.

Por su ferocidad desalmada, era "El Tuerto", lugarteniente de Carrasco, el más indicado para acometer toda misión de crueldad.

La de aquella vez era la de apoderarse del hijo de Alvar, para herir profundamente en lo más sensible al odiado enemigo.

Practicado el robo, se condujo a la inocente criatura a sitio seguro.

Próximo a las estribaciones de la sierra se asentaba un cortijo que jamás sufrió daño de la partida, porque el señor Juan, el colono, tenía para Carrasco todas las devociones, todas las lealtades.

María, la mujer del señor Juan, quería al jefe



de los bandidos; pero, más resuelta que su esposo, no sabía callar ante sus *injusticias*.

Y María tenía por injusticia, y de las más condenables, el hecho de que Carrasco envolviese al hijo inocente de Alvar en el mismo odio que el prócer le inspiraba, pues fué en ese cortijo donde el bandolero mandó que ocultasen sus subalternos a la criatura.



*...convertía su casa en centro de ilícitos placeres.*

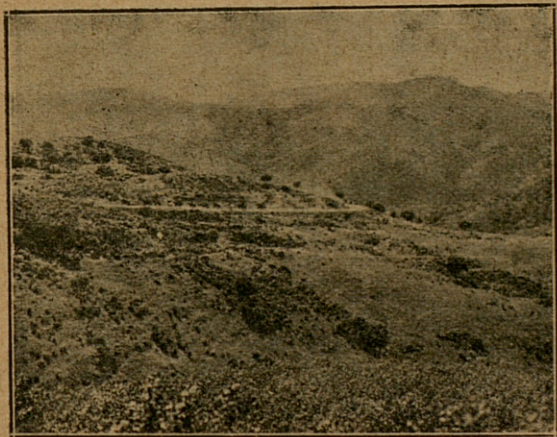
Una niña tenían los cortijeros, de tan corta edad como el hijo de Alvar. Dormía tendida en poco mullida cama cuando los bandidos llevaron al niño a la casa. La cortijera, enternecida, contempló como el rapaz, que ella pusiera a dormir en otro incómodo lecho enfrente del de la niña, se incorporaba

y se colocaba junto a ésta, buscando calor.

En vano las fuerzas del Gobierno exploraban, en persecución de la cuadrilla de saqueadores, la extensión fragosa de la serranía.

Carrasco era hábil y astuto. Conocía los más recónditos parajes y burlaba siempre a sus enemigos.

Tras muchos rodeos por despistar a la justicia, la cuadrilla llegó al cortijo. Entró Carrasco a ver



*En vano las fuerzas del Gobierno exploraban la extensión fragosa de la serranía.*

al hijo de Alvar. El hecho de encontrarle junto a la niña le causó enojo.

—¿Por qué ha consentido usted que estuvieran uno al lado de otro?—objetó a María, la cortijera.

—Es que el niño...

—¡No quiero que la niña se roce con él!—exclamó.



mó Carrasco. Y, furioso, agarró al chiquillo por un brazo y lo tiró a su camastro.

María, rebelándose sus instintos de mujer, suplicó al bandolero piedad para el infante.

—Ustedes cumplan mis órdenes, y déjenme en paz con sentimentalismos.

—¡Pobre criatura desamparada! Maltratar a un niño indefenso no es de hombres de corazón.



—¡Pobre criatura desamparada! Maltratar a un niño indefenso no es de hombres de corazón.

—¡Matarle es lo que debiera!

—¡No diga usted horrores, señor Carrasco! Si matara usted a un angelito así, la conciencia no le dejaría un día de paz.

En el patio, uno de los bandoleros se quejó al lugarteniente, con quien bebía en una mesa alre-

dedor de la cual estaban asimismo sentados otros compañeros y el cortijero:

—¿Qué interés tiene el capitán en quedarse con ese niño? ¡Bonita manera de quitarnos las ganancias de un buen rescate!

—Es que este no es un golpe a una bolsa, sino a un corazón. Pero, si yo odiara tanto a ese hombre, ¡con qué placer retorcería el pescuezo a su crío!—contestó "El Tuerto".

El señor Juan, el cortijero, se estremeció de terror. Los demás no se inmutaron.

María, entretanto, había sabido llegar al corazón de Carrasco con sus súplicas de mujer; y éste, deponiendo su violenta actitud con el niño, dijo:

—Bien, María; cuide al chico según le aconseje su buen corazón; pero no permita que se reuna con mi hija. Quiero hallarles a mi vuelta completamente extraños y hasta, si puede ser, con mutua aversión.

Luego tomó en sus brazos a la niña—su hija, como acaba de revelárnoslo él mismo—y todas las efusiones de su alma, tan tierna para el amor como violenta para el odio, fueron para ella. Petrita, criada por el señor Juan y María en la ignorancia de quien era su padre.

Al amparo del cortijo amistosamente acogedor hallábase la partida de Carrasco, cuando tuvo que ponerse en marcha por la proximidad de los soldados perseguidores.

Aquella misma noche, con la audacia desconcertante que ponía en todos sus actos, Carrasco se presentó en casa de Alvar.

El que precipitó a Carrasco en el abismo en que se encontraba, palideció al verle, de súbito, aparecer en su cámara, revólver en mano. Sentóse rápidamente en el lecho, y sus ojos desorbitados le



indicaron al bandolero le dijese, pero pronto, qué pretendía.

—Por si no lo sabía usted ya, su hijo ha desaparecido de esta casa. Está conmigo.

—¡Oh, miserable!

—¡Silencio!

—¡Cobarde!

—No hay tiempo para dar explicaciones. Además, a nada conduce la violencia. Chispean sus ojos de rabia y late su corazón de dolor. Eso es lo que me proponía. Tome usted. Mientras su hijo viva, recibirá usted cada año un rizo de sus cabellos. La falta de él, le indicará que el niño ha muerto.

El castigo era terrible. Carrasco había acertado. Podía haber dado muerte a Alvar, pero eso era poco para hacerle purgar sus delitos. ¡Qué martirio la espera del rizo de su hijo adorado, todos los años!

• • •

Pasaron más años de los correspondientes a dieciséis rizos de cabellos recibidos por Alvar; pero la supresión de éstos no equivalió a la muerte del hijo. Vivía Ramón, como desde niño le llamaron, y era un mozo de recia hermosura varonil, a quien María, bondadosa, ocultó siempre la maldita herencia de rencores que tenía por único patrimonio.

Petra y Ramón teníanse una mutua adoración inconfesada. Durmiendo de niños en el mismo lecho, unidos en sus juegos, a despecho de todas las prohibiciones... ¿quién hubiera podido impedir el renacer de este culto afectivo de sus almas?

Con ira vió Carrasco la amistad que antes no pudo sorprender entre Ramón y su hija, porque

sus furtivas visitas al cortijo amparáronse siempre en la noche encubridora; y aprovechando un momento de soledad de la muchacha, junto al pozo en el que ella llenaba cubos de agua, se le acercó, aquel día, y le habló cariñosamente.

¿Qué extraño sentimiento, mezcla de atracción y de espanto, inspiraba a Petra aquel hombre de palabra dulce y fiera mirada, que quería huir de



*Petra y Ramón teníanse una mutua adoración inconfesada.*

él y no podía?

Carrasco había cogido en las suyas una mano de su hija, que tembló al sentir su contacto.

—¿Por qué tiembla entre las mías tu mano? ¡Si supieras, niña, cómo te ama mi corazón!... ¡Si vieras cómo deseo tu felicidad!...

Petra, asombrada, miró estúpidamente a Carras-



co, y, asustada, un nombre acudió a su garganta para pedir protección.

—¡Ramón! ; Ramón!

Carrasco encendióse en ira.

—¿Amas a ese Ramón tú? Si algún día sintieras brotar su cariño en tu pecho, arráncalo de raíz,



—¿Por qué tiembla entre las mías tu mano?

porque... ; porque sería la desgracia de toda tu vida!

Y la dejó, yendo, acto seguido, al encuentro del señor Juan, visiblemente alterado:

—¡Corte usted toda relación entre Petra y el hijo de Alvar! Sólo bondades recibieron ustedes de mí... ; No quieran conocer a Carrasco enemigo!

—Se hará todo lo posible, señor Carrasco. Ya sabe usted que nosotros siempre cumplimos sus órdenes. Pero eso de los chicos...

—¡Deben odiarse y no amarse! ; Y basta!

El señor Juan, apesadumbrado por el encargo que acababa de hacerle Carrasco, reflexionó acerca de la forma en que debía separar a Ramón de Petra, y se fué luego al encuentro del mozo, al que encontró sentado en el borde de la ventana del establo, comiendo tranquilamente una rebanada de pan colmada de sabroso embutido.

—¿Qué, hay apetito, Ramón?

—A la vista está, señor Juan. Si gusta, nos partiremos la ración.

—Gracias, muchacho... Bien, hombre, bien... ; Y sigues pensando en lucirte con el torete en la feria de este año?

—Lo dicho, dicho queda. Es como si estuviera escrito.

—Me alegro. Es seguro que vas a dejarnos boquiabiertos a todos. Yo que tú, con tu tipo, con tu afición, con tu valentía... ; vamos, chico, que no estaba perdiendo el tiempo en el cortijo!

—¿Pero es de veras que me aconseja usted que me dedique de pleno al toreo?

—Ni más ni menos; yo me iba por esos mundos y, en menos que se dice, me hacía un espada de cartel.

—No me gustaría poco. Ya veremos, señor Juan, ya veremos. Si no hubiera cosas que le sujetan a uno al cortijo...

—¡Bah! La oportunidad no admite espera, Ramón. Tú eres ahora joven, y es el mejor momento. Vaya, que yo creo que tú nos dejas pronto para encumbrarte en el arte de los majos.

—No digo que no... pero... ya veremos...

La feria de aquel año tenía para Petra una im-



portancia excepcional, porque a ella iba interesado su corazón.

Ramón, que no sabía cómo declararse, susurró a Petra una pregunta que equivalía a la confesión de sus sentimientos:

—Dime, Petra... Si yo venzo al novillo, ¿te prenderás la moña para lucirla en la feria?

Petra bajó los ojos, llena de alegría, y prometió estrechando suavemente la mano de Ramón.

Y llegó el gran día, en que toda la comarca se entregó al regocijo del festejo anual.

En el ruedo, improvisado en un gran patio, se soltó un novillo y varios capeadores intentaron medir sus fuerzas con él. Fracasaron todos. Entonces se presentó Ramón, dirigiendo una mirada de triunfo a Petra.

El torete se resistía a dejarse dominar por el joven, pero Ramón insistió con tal acierto, que al poco rato lo derribó patas arriba, entregando ufano la moña a Petra.

Siguió a ese juego el baile. Petra y Ramón se alejaron para decirse cuatro cosas dulces.

Y se echaba encima la noche, sin respetar aquella fiesta de luz y alegría.

Carrasco, que había ido al cortijo, se enteró de que Petra se hallaba en la fiesta, y sospechando que junto a ella estaría Ramón, internóse en el pueblo retando valerosamente al peligro.

Rugió de ira al tener confirmación por sus propios ojos de lo que suponía, y un buen disgusto evitó a Ramón la llegada, en el momento de ser sorprendido violentamente por Carrasco y dos hombres de su cuadrilla, del padre Domingo, virtuoso ministro del Señor, que vivía inculcando en los corazones el divino precepto de la fraternidad humana, enamorado de su misión augusta y noble, de su sacerdocio de amor y de paz.

Petra y Ramón volvieron a la fiesta, y el buen cura tomó por su cuenta al bandolero.

—Hermanos veía yo también en todos los hombres, padre Domingo—contestó Carrasco a los consejos del pastor de almas—. Si usted supiera qué villanía me arrojó a este negro abismo de odios, no juzgaría tan severamente las que llama mis crueldades.

Se sentaron a una mesa en el interior de la casa. Carrasco estaba dispuesto a sincerarse con el sacerdote. Nunca hasta entonces había referido su historia, por no paladear conscientemente el sabor de hieles de los recuerdos.

—Era yo Capitán en el regimiento que en aquella fecha mandaba don Jorge de Alvar, y vivía feliz con mi carrera de las armas, el amor de mi esposa y la bendición de una hijita que nos había dado el cielo.

"Cierta día, don Jorge me confió una misión cuyo minucioso desempeño había de tenerme alejado del hogar hasta la mañana siguiente.

"Como si obedeciera a un aviso del corazón, terminé en breves horas mi cometido, y a media noche estaba de regreso en mi casa.

"La puerta de la cancela estaba abierta. ¿Qué habría ocurrido durante mi ausencia?... Subía la escalera del piso alto, cuando oí gritos en la habitación de mi esposa. Apresuré el paso. Antes de que alcanzase los últimos peldaños, salíome a recibir el propio don Jorge, espada en mano. Comprendí que el villano, con la ayuda de un cómplice de categoría, había tratado de seducir a mi esposa. Eché mano de mi arma y nuestros aceros se cruzaron con afán de matar o morir.

"En la habitación, mi compañera, luchando con el cómplice de don Jorge, gritaba desesperadamente imaginando mi duelo con el miserable:



"—¡Suélteme, infame! ¡Si le mata a él, que me halle muerta!

"Alocada, se entregó al filo de la espada y expiró al poco en mis brazos, mientras los bellacos huían como cobardes.

"Dígame usted, padre Domingo, si tengo o no razón de odiar a ese hombre, y si no hice algo justo robándole al hijo que era su ilusión, y que jamás recuperará, mientras yo viva. Ese hijo es... Ramón... el mozo que pretende enamorar a Petra, mi hija, ¿sabe usted?"

—¡Alabado sea Dios, Carrasco! Vengar en el hijo las culpas del padre es un exceso de rencor inhumano. Dios manda perdonar las injurias... Además, Petra y Ramón se aman tan tiernamente...

—¿Cómo? ¿Usted me aconsejaría que entregase mi hija al hombre por cuyas venas corre sangre del asesino de mi esposa?... ¡Basta ya, padre Domingo!

—Sea usted razonable, Carrasco. No vea en Ramón al hijo de ese hombre cuya escandalosa historia todos conocemos, sino al novio de Petra, de su hija, que será muy feliz con él.

—Si Ramón se obstina en casarse con mi hija... ¡lo mataré! ¡Es la última decisión de Carrasco!

El señor Juan, el cortijero, oyó la amenaza del bandolero, pues a él se dirigió éste al pronunciarla, y dijo humildemente:

—Confíe en mí, señor Carrasco. No digo que vaya a lograr que se aborrezcan; pero los separaré para siempre.

Entretanto, era, aquella, hora de ensueño, de dulce rimar de sus almas en un mismo anhelo de amor, para Ramón y Petra que, al fin, se confesaban de palabra su mutua inclinación.

A la otra mañana, el señor Juan, resuelto, ante la promesa de Carrasco, a cumplir lo que le dijera

a éste, aproximóse a Petra un momento en que estaba sola, y le habló sin ambages:

—Tú estás enamorada de Ramón... y eso ha de acabar cuanto antes.

—Pero ¿por qué, señor Juan?

—Cuando te lo digo yo, Petra, que te quiero como a una hija y me gustaría verte feliz... debo saber por qué te lo digo.

—¿Cómo es posible que usted, que conoce a Ramón...?

—No soy yo quien te prohíbe que tengas amores con él. He criado al muchacho, como a ti, y sé lo bueno que es... Pero Carrasco no quiere a Ramón.

—¡Carrasco! ¿Quién le da parte en nuestros asuntos? ¿Quién es ese hombre que tanto temor le inspira a usted?

—¿Que quién es Carrasco? El que manda aquí en todo y en todos... y vamos a tener que sentir si tú no dejas esos quereres.

—¡Es que yo quiero a Ramón con toda mi alma! ¡Es que no podría renunciar a él, ni por usted, a quien tanto debo!

—Pero, niña... Cuando yo te hablo como lo hago...

—¡No insista, señor Juan, yo se lo ruego! Si Ramón quiere que sea su mujer, lo seré... ¡por encima de ese Carrasco y de todos los bandidos del mundo!

—Escúchame, Petra... Quería ahorrarte un mal rato, y me obliga a dártelo tu terquedad en no oír mis consejos.

—¿Qué es ello?

—Escúchame con serenidad, hija mía... Carrasco ha jurado matar a Ramón si no acabas hoy mismo con él... ¡y Carrasco es hombre que cumple lo que jura!

—¡Virgen Santísima!

—¿Comprendes, ahora, hija mía, la razón que me ha obligado a aconsejarte que rompas con Ramón?



—¡No podré, señor Juan, no podré! ¡Qué horrible es esto!

—Si lo quieres como dices, ¿te obstinarás todavía en no dejarlo, sabiendo que lo llevas a la muerte?

Petra enmudeció. Lloraba. La visión del cumplimiento de la amenaza de Carrasco paralizaba sus movimientos. ¡Oh! Lo mejor era seguir el consejo del señor Juan, pues avisar a Ramón sería instigarle a ir al encuentro del hombre que tenía que ver en sus amores.

¿Pero podría aceptar ese sacrificio?



En la tranquila campiña cantaba un mozo para quien la vida era un encanto. El amor ponía alas a su canción.

Petra estuvo llorando largo rato, y cuando Ramón se reunió con ella, cantando aún, la muchacha armóse de valor para rechazar al amado.

—Petra, ¿por qué me desdeñas? ¿Qué te habré hecho yo para que me recibas de este modo?

—Déjame, Ramón... Tú y yo no podemos querernos...

El señor Juan miraba a los dos jóvenes. Ramón le vió y, cruzando veloz una idea por su mente, acercósele y le dijo:

—Ayer habló Carrasco con usted, y hoy me despide Petra. ¡Si ese bandido tiene la culpa, nos veremos él y yo!

Petra oyó la amenaza, y comprendió que no podía hacer otra cosa que culparse a sí misma del desengaño de Ramón, para evitar un encuentro entre los dos enemigos.

—Carrasco no tiene la culpa de nada, hijo mío—

respondió el señor Juan.

Ramón volvióse a Petra y prosiguió, suplicante:

—¿Serías capaz, Petra, de decirme hoy que no me quieres, cuando anoche mismo me jurabas quererme toda la vida?

—No te quiero, Ramón... Creí que era verdad lo



—Petra, ¿por qué me desdeñas? ¿Qué te habré hecho yo para que me recibas de este modo?

que te juraba; pero hoy veo que me había engañado.

Exasperóse el enamorado muchacho, y, llevado de su cólera, apartó de sí a Petra, despreciándola:



—¡Debía maldecirte, por falsa! ¡Con esa tranquilidad destrozáis las mujeres un corazón!

Petra hubiera querido gritar que era inocente, que todo su amor pertenecía a Ramón, pero el señor Juan, recibéndola en sus brazos, para que en ellos vertiese su gran dolor, contuvo el deseo de la infeliz.

Desde que Petra le negara su amor, era el cortijo para Ramón lugar de suplicio; y una noche, soñando con la gloria en las lides taurinas, marchóse a la ventura, y rasgó el silencio de la hora esta copla, en la que ponía dejos de amargura su hondo desengaño:

*Por el desdén de una ingrata  
muriendo estoy de dolor...  
¡y aun besaría la mano  
que ha herido mi corazón!*

Y Petra interrogaba, ansiosa, a la noche, si aquel grito de amor doliente fué un sueño o lo moduló, entre torturas del alma, la voz del amado.

Ya iba alto el sol, cuando María, temiendo que Ramón estuviese enfermo, porque era la primera vez que no se levantaba con la aurora, buscóle en su habitación, sorprendiéndole no encontrarle en ella, cuya cama estaba intacta desde la víspera.

Corrió la voz de que Ramón se había marchado, y cerca de Petra, como puesto de acuerdo el matrimonio, dijo María:

—Nadie sabe dónde está Ramón... Ayer tuvo una carta que, por lo que yo he oído, debía ser de aquella Rosario, la bailarina que vino al cortijo y que se fijó tanto en él cuando se dispuso a derribar al novillo.

—¡Ah!—exclamó el señor Juan—. Ayer le escribió ella... y anoche se fué él. Ahora veo el asunto más claro que el agua.

Petra protestó con toda su alma:

—¡Eso es falso! Lo único claro es que quieren ustedes darme a entender que Ramón se ha ido con una mujer. Lo había de ver yo por mis propios ojos, y me resistiría a creerlo.

—Nosotros no hacemos más que atar cabos, hi-



*Y Petra interrogaba, ansiosa, a la noche, si aquel grito de amor doliente fué un sueño.*

Jita...

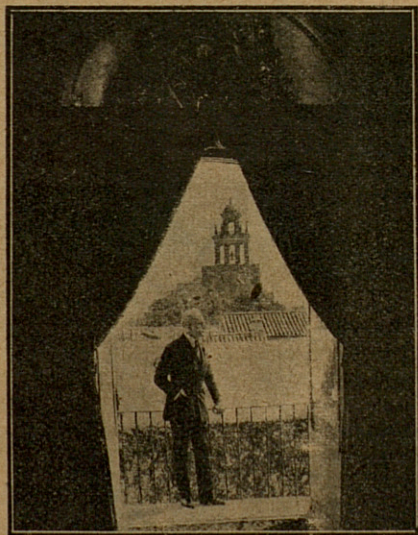
Don Jorge de Alvar, a la sazón primera autoridad de la provincia, creyendo que su hijo no existía ya, había ordenado una persecución implaca-



ble contra el raptor, exigiendo que se le apresase con vida.

Varias veces tuvieron que desistir los perseguidores de la captura de Carrasco, porque sólo le hallaban al alcance de sus proyectiles.

Hasta que, tras un acoso sin tregua por todos



*Don Jorge de Alvar, a la sazón primera autoridad de la provincia...*

los parajes que eran escenario de sus saqueos, la partida se juzgó impotente para la resistencia... y fué hecha prisionera en su totalidad.

Tenía ya don Jorge a su merced al hombre odiado, podía infligirle el más duro de los castigos,

dando, con las sanciones legales, satisfacción a su personal venganza.

Pero cuanto más miraba a su prisionero, más se precisaba en la mente de Alvar la pretérita escena inolvidable.

—¿Creía usted que sus delitos iban a quedar siempre impunes? ¡Ahora no habrá para usted clemencia!

—Usted hará de mí lo que le plazca—repuso sin inmutarse Carrasco—. Pero, con mi prisión o con mi muerte, perderá usted la esperanza de encontrar a ese hijo, a quien sólo yo puedo identificar.

El plan de Carrasco surtió el efecto apetecido.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Vive mi hijo? ¡Entonces, devuélvame!

—A cambio de mi libertad y de mi rehabilitación. Este será el precio de su rescate.

Meditó sobre aquella proposición el atribulado padre... y la transacción se hizo; por ella quedaría Carrasco convertido en una autoridad especial, a las órdenes del Gobernador.



Estamos en plena época moderna. Del "caballismo" no queda ya ni el más lejano recuerdo. Y nuestra historia prosigue, con el cambio de posición de uno de sus más importantes personajes.

En efecto, Ramón había encadenado a sus pies el éxito y la fortuna. Y el "Cortijero", alias que había adoptado en recuerdo de su pasada vida, era entonces un astro que eclipsaba los nombres más gloriosos del arte de Cúchares.

Rosario, una bailarina que marchaba por los escenarios en cosecha no interrumpida de admiraciones, de gloria, de oro, había conocido al torero en la gestación de su celebridad.



Cierto día, viéndole en la terraza de un café frecuentado por artistas, se le acercó y, provocativa, ofreciéndole su belleza de diosa, murmuró:

—¿Quién hubiera pensado, hace años, que su nombre iba a pronunciarse con el entusiasmo que despiertan los ídolos!

—Es verdad... También usted es hoy mucho más famosa que cuando nos conocimos. Parece un sueño todo esto—contestó Ramón melancólicamente, sin hacer caso de la hermosa.

Rosario insistió en su insinuación amorosa.

—He sido invitada a la corrida del domingo por don Jorge de Alvar, que va a presidirla... ¿Me brindará usted la muerte de su primer toro?

—No puede ser, Rosario... sólo en la plaza se me ocurre a quién debo dirigir mis brindis.

Rosario sintióse ofendida, mas no cejó en su empeño de rendir a Ramón.

—¿Qué trozo de hielo o de piedra tiene usted por corazón? ¿Puede usted despreciar así a una mujer por la que darían miles de hombres su fortuna y hasta su vida?

Rosario acercó su rostro al del torero, para tentar a éste al abrazo.

La mente de Ramón revivió la hora triste de su despedida, mientras la copla sonaba aún, con cantantes acentos, en el alma de Petra:

*Por el desdén de una ingrata  
muriendo estoy de dolor...  
¡y aun besaría la mano  
que ha herido mi corazón!*

Y apartando a Rosario, que le miró con ojos de ira, le dijo:

—No es desprecio, Rosario... Es que mi alma tiene ya su cariño de toda la vida y, ante él, para mí no hay mujer en el mundo.

En tanto, allá en el cortijo, traduciendo órdenes

de Carrasco, que deseaba hacer de su hija la señorita que hubiera sido sin el suceso que desorbitó su vida, Petra se instruía bajo la dirección del padre Domingo.

Y cuando el hombre vuelto al cauce de la ley irrumpió en el cortijo, ya sin la complicidad de las sombras... Petra esquivó la presión de la mano temida y odiada... ¡mano destructora de su dicha!

—Sin razón me temes, Petra... Aunque no me creas, nadie podrá quererte como yo te quiero.

Evitó Petra el roce con Carrasco, y al ver éste escrito en un papel de puño y letra de ella el nombre de Ramón, apoderóse de aquél y lo destrozó nerviosamente.

—¿Por qué rompe usted ese papel? ¿Con qué derecho manda usted en mis cosas?—protestó Petra. Y añadió: —Pero ¿quién es usted, que quisiera maldecirle y no puedo?

—Ni podrás nunca, porque la voz de la sangre ahogará siempre la de tu maldición... Petra, mi niña querida... ¡Soy tu padre!—confesó Carrasco, que deseaba estrechar en sus brazos a su hija.

Petra ahogó un grito en su garganta, y Carrasco, persuasivo, añadió:

—Mientras viví una vida de delincuencias, no quise descubrirme a ti... ¡Te habrías avergonzado de llevar mi nombre!

La muchacha miró al hombre a quien siempre temiera, y al ver en el borde de sus pupilas la humedad de unas lágrimas, se abrazó a él como si renaciera a una nueva vida.

Los cortijeros Juan y María habían esperado anhelantes aquel momento, y participaban, con el padre Domingo, de la natural alegría de padre e hija.

En tan grata conyuntura, llegó para el señor Juan una carta de Ramón, en la que le decía lo siguiente:



*Mi querido señor Juan:*

*Después de un largo viaje por el extranjero, donde he hecho una fortuna, vuelvo a mi tierra con el propósito de torear por última vez, en la corrida del domingo. Pero dicen que las despedidas traen mala suerte a los matadores y, por si fuera cierto, quiero verlos antes a todos; a usted, a la madre María, tan buena, y a Petra a quien no he podido olvidar... ¡a quien no olvidaré mientras viva!*

*Su ahijado que mucho les quiere*

*Ramón, el "Cortijero".*

Ni que decir tiene que esa carta causó una alegría inmensa a los nobles viejos.

Petra quiso apoderarse de esa carta, pero como estaba allí su padre, consiguió, jugando traviesamente con el señor Juan, que éste se la diese, para que ella pudiera releerla cien mil veces.

La seguridad de que Ramón conservaba íntegro su corazón para ella, llenó el alma de la muchacha de sana felicidad.

¡Oh! Irían a verle torear. ¡Le volvería a ver! Y entonces...

—Padre... ¿qué mal ha hecho a usted Ramón, para que así le odie?—preguntó Petra a Carrasco, que se oponía a que ella acompañase a Juan y a María a la corrida, y agregó: —¿Por qué me prohíbe usted quererlo, cuando es todo bondad?

Carrasco miró tiernamente a su hija, y repuso:

—Juan lo sabe como yo, y mejor que yo puede decírtelo. Pero ahora acompáñame, hija mía.

Y cariñosamente enlazados, se alejaron lentamente hacia el campo. Carrasco experimentaba la dicha inefable de saberse perdonado por su hija.

Llegó el día señalado para la corrida en que había de dar su adiós al arte el gran "Cortijero".

Más de doce mil espectadores congregábanse en la plaza, anhelantes de admirar, por vez última, al astro que iba a eclipsar voluntariamente sus fulgores.

Ocupaba la presidencia don Jorge de Alvar, y junto a él, en alarde de ostentación, en ufanía de belleza, estaba Rosario, a quien trataba de incluir en el número de sus conquistas el incorregible aristócrata.

No muy lejos, y sin preocuparse para nada de la rival, Petra tenía puesto el pensamiento en el mozo de su amor.

En honor a la "cumbre" que se retiraba, iba a rejonear el gran Cañero.

Petra se consumía en la espera del principio de la corrida. Ramón no había podido ir a verles en el cortijo. Los colonos fueron a abrazarle en la ciudad, mas ella, tímida de faltar a la severísima orden de su padre, no se atrevió. Sin embargo, en aquellos momentos se reprochaba su indecisión, y no pudiendo resistir más el deseo de entrévistarse con su amado antes de que saliese al ruedo, dirigióse a la capilla, en la que la fe resurge ante las inminencias del peligro. Llegó allí trémula, con azoramiento de nefastos augurios.

—¡Ramón!

—¡Petra mía! Ya sabía yo que vendrías. Nos veremos luego. Es hora ya de presentarnos en la plaza.

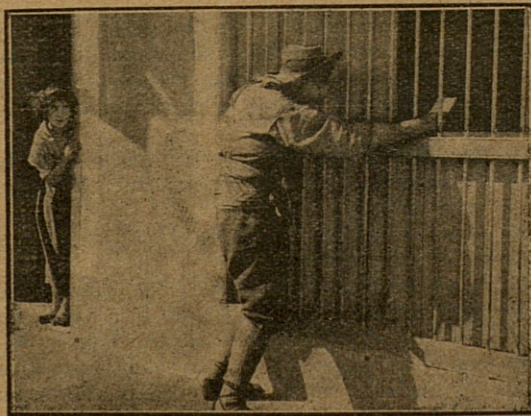
—¡No, Ramón, no salgas a torear! Mi corazón presagia una desgracia terrible.



—Nada temas, Petra. Vuelve a tu sitio, y si tú rezas por mí...

Separóse Petra de su único amor, encogido de temor su corazón, y Ramón ensimismóse profundamente.

No podían creer los amigos que la preocupación del gran torero fuese miedo... y lo era. Miedo a morir ahora que, sabiéndose amado, se sentía más



*...consiguió, jugando traviesamente con el señor Juan, que éste se la diese...*

avaro de la vida. Mas, ¿cómo defraudar á una muchedumbre expectante?

Apareció al poco la cuadrilla, y el público recibió al "Cortijero" con una ovación más delirante que todas las que premiaran hasta entonces sus proezas de lidiador.

Para Petra no era fiesta la corrida, sino suplicio;

y tenía sentidos y alma pendientes de Ramón, de la vida adorada que presentía en peligro.

Y Rosario, sabiendo que el diestro correspondía a la ansiedad de aquella otra mujer con todas sus ternuras, sentía una feroz rabia de celos.

—Concédame un favor, don Jorge, y sabré responderle...

—¿Cuál, hermosa mía?

—Dé usted en seguida la señal para que cambien el tercio.

Pensando en la recompensa que Rosario le daría, Alvar, si bien titubeó un poco, agitó el pañuelo para que cambiaran la suerte.

¿Qué más completa venganza de la bailarina que ver a Alvar enviando a la muerte a su propio hijo, cuyo parentesco había llegado a saber por boca de Carrasco, que se enteró de las pretensiones amorosas del Gobernador respecto a Rosario y de los desdenes que ésta había recibido de Ramón? Venganza contra el torero desdénoso, venganza contra el viejo que escarnecía sus canas con torpes lascivias.

De mil gargantas brotaba la protesta en ruidosos clamores: "¡Que no maten todavía a este toro!" "¡Esto es un crimen, señor Presidente!"... "¡Se va a asesinar a un hombre!"

Pero Alvar apenas dió importancia a los gritos del público, atento sólo a su interés de rendir a la mujer cautivadora.

El torero obedeció la orden, y a los pocos pases que dió al toro, sucedió lo previsto. Y simultáneo con el grito de horror de Petra, resonó en la plaza el trágico alarido de la muchedumbre, ante el epílogo sangriento que ponía la fiera a una historia de valor.

Ramón fué conducido a la enfermería.



Rosario, horrorizada de su venganza, huyó presa de remordimientos.

Alvar fué acompañado por fuerzas de seguridad hasta su casa.

Petra y los colonos y el padre Domingo acudieron con la muerte en el alma a la enfermería, donde Ramón llamaba, creyendo llegada su última hora, a su amada, la compañera de su niñez y de su adolescencia.

—¡Petra!... ¡Petra!

—¡Ramón de mi vida! Estoy aquí... a tu lado... Mi bien...

El buen padre Domingo, enternecido ante el puro amor de la pareja, entrevistóse rápidamente con Alvar en su casa, y venció su duro corazón revelándole que el torero herido era su propio hijo: el hijo que Carrasco se comprometiera a devolverle, y que éste, cegado por el odio, pensaba negarle siempre o entregárselo después de encontrar un medio—como el que pretendió con Rosario—para que padre e hijo llegaran a odiarse, a fin de evitar toda reconciliación, avergonzado uno de otro.

Don Jorge juzgó, desesperado, que tenía merecido aquel horrendo castigo, y trasladóse con el buen sacerdote a la enfermería.

—¡Hijo mío!... ¡Cuánto ha sufrido por ti mi corazón!—exclamó arrojándose ante el herido, en súplica de perdón.

Ramón no comprendía. El padre Domingo le ayudó a ver claro en las palabras de Alvar.

—¡Oh, padre!...—suspiró entonces el herido.

Petra, asombrada, buscó el apoyo de los brazos de los cortijeros...

—¡Sálvelo usted, doctor! ¡Toda mi fortuna por su vida!—prosiguió don Jorge.

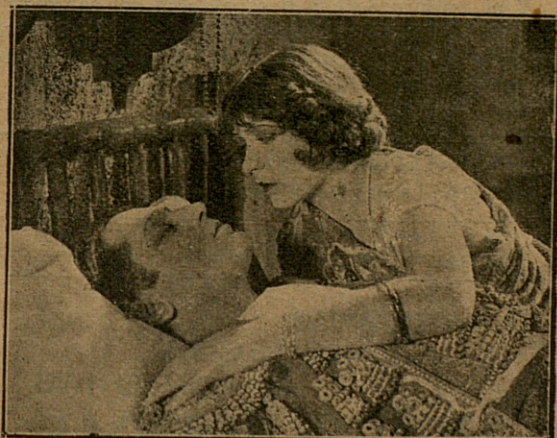
—La herida no es grave, señor de Alvar... y acelerará su curación una terapéutica maravillosa: el

amor y los cuidados de una mujer—diagnosticó el médico.

Don Jorge buscó con la mirada a Petra, y dijo al cura:

—¿Es esta la joven de tanta abnegación para mi hijo?

El cura había enterado a Alvar, durante el trayecto de su casa a la plaza de toros, de los amores



—¡Ramón de mi vida! Estoy aquí... a tu lado... Mi bien...

de Ramón y Petra, y contestó:

—Esta es, señor... La hija de Carrasco, su mortal enemigo.

—¡La hija de Carrasco!!

Apareció el ex bandolero. Los dos enemigos se miraron a los ojos, preguntándose uno y otro lo que iban a hacer.



Ramón reclamó, con sus balbuceos, la atención de su padre:

—Yo amo a Petra... y le he prometido hacerla mi esposa, padre.

—¿Qué dices?

El sacerdote comentó:

—¿Se asombra usted, don Jorge? ¡Bendito sea mil veces el amor, que sabe destruir las herencias de odio! Por algo es de esencia divina.

Y al conjuro de aquellas palabras del santo varón, que hablaban de felicidad para sus hijos, don Jorge y Carrasco fundieron su odio en el ara de la dicha de sus vástagos, limpios de toda culpa.

FIN

Pida usted LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATográfica  
BIOGRAFÍA DE «ESTRELLAS» DEL CINE

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN  
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Pida en todos  
los KIOSCOS  
y LIBRERIAS

**PUBLIC CINEMA**

SU REVISTA CINEMATOGRAFICA  
PREFERIDA

Recomiende a sus amistades

**Public Cinema**

PRÓXIMO NUMERO

LA MAGNÍFICA NOVELA, UNA DE  
LAS MEJORES PUBLICADAS

HASTA LA FECHA  
**E L**  
**DESierto**  
**B L A N C O**

TRIUNFO DE

**CLAIRE WINDSOR**

**PAT O' MALLEY**

**ROBERT FRAZER**

EMOCIONANTE ASUNTO

POSTAL - REGALO

**MAX LINDER**

32 PÁGINAS

10 FOTOGRAFÍAS

PRECIO 30 CÉNTIMOS

LA NOVELA FILM se pone a la  
venta en toda España los martes

Colecciones completas y números sueltos atrasados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA, S. A. Barará, 16-BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España





Sumario del próximo número de **AYER**  
**Y HOY**, que se ha puesto a la venta hoy

### ¡VISCA EL F. C. BARCELONA!

Las navidades del profesor, (novela corta), por H. C. Me-Neile.—La cena humilde, (crónica).—El viajero silencioso, (diálogo teatral), por G. Gluck.—Por los caminos del mundo: La flor que resucita en Navidad.—El inventor de los nacimientos.—La leyenda de las plantas de Navidad, etc.—El anillo, (cuento), por Wenceslao Fernández Florez.—Visiones de nochebuena, por Paul Bourget.—Sección gráfica: Ocho páginas.—De la vida frívola.—Pequeñas grandes cosas, por José D. Benavides.—Historieta cómica.—El pavo, (crónica).—Un hallazgo, (cuento), por Vicente Blasco Ibañez.—Chistes y caricaturas.—El espectador frente al espectáculo, por Luis de Montserrat.—Pacto de Amor (novela cinematográfica) por Antonio J. de la Hoz.—Deportes.—Camino de Sevilla, por Los Hermanos Quintero.—Corazones de hielo, (novela de aventuras), por James Oliver Cur-:—:—: wood.—Página infantil :—: :—:

Compre usted

**AYER Y HOY**

SE PUBLICA TODOS LOS MARTES





